

La misión de la Palabra. Una lectura transversal de *Verbum Domini*

Juan Carlos Carvajal Blanco

FACULTAD DE TEOLOGÍA SAN DÁMASO

MADRID

RESUMEN La cultura occidental parece haber excluido a Dios. El hombre de hoy vive como si Dios no existiera. Ante esta “tragedia”, el Papa Benedicto XVI ha dado un nuevo impulso al proyecto misionero de la nueva evangelización que el beato Juan Pablo II promoviera para toda la Iglesia. A partir de la teología de la Palabra de Dios que la exhortación *Verbum Domini* expone, el artículo ofrece las claves teológicas que fundamentan dicho proyecto y ofrece algunas pautas para revitalizar la acción misionera de la Iglesia.

PALABRAS CLAVE *Verbum Domini*, Palabra de Dios, Iglesia, misión *ad gentes*, nueva evangelización.

SUMMARY *Western culture seems to have excluded God. Present-day man lives as if God did not exist. Faced with this “tragedy” Pope Benedict XVI has given a new impulse to the missionary project of the New Evangelization that Blessed Juan Pablo II promoted in the entire Church. Starting with the Theology of the Word of God, which the exhortation Verbum Domini explains, this article offers certain theological keys to set a foundation to this project, offering guidelines to revitalize the missionary activity of the Church.*

KEY WORDS *Verbum Domini, Word of God, Church, Mission ad gentes, New evangelization.*

I. INTRODUCCIÓN: UN TEMPLO SIN DIOS

En una reciente visita a Roma, pasé una mañana entera en la Basílica de San Pedro. Mi intención era orar en el templo que custodia la tumba del príncipe de los apóstoles y pedir al Señor, por mediación del primer vicario de Cristo y de sus santos sucesores, el mantenerme fiel a la fe apostólica y ser testigo de ella ante un mundo que cada vez más necesita del testimonio de su amor. He de confesar que esa mañana era el segundo día que pasaba por San Pedro. Unos días antes ya le había rendido visita, pero la magnífica

belleza de la basílica y sus extraordinarios tesoros artísticos acapararon tanto mi atención que lamenté solo haber rezado durante un instante en la capilla del Santísimo. Quizá esto fue lo que me hizo más sensible a lo que contemplé esa mañana.

Ya son conocidas las multitudes que a todas horas visitan el templo. Grupos, familias, amigos, individuos, todos se agolpan ante cada maravilla para escuchar una explicación o sacar una fotografía: la Piedad de Miguel Ángel, el Trono de san Pedro y el Baldaquino de Bernini, los impresionantes monumentos en honor de los papas..., todo reclama la atención y, como en un festín de abundantes y deliciosos manjares, los visitantes no saben con que quedarse. Incluso lo que solo puede ser motivo de devoción religiosa es reducido a objeto de curiosidad: las tumbas de los beatos Juan XIII y Juan Pablo II, la estatua de san Pedro en bronce..., son fotografiadas constantemente. Las gentes buscan tener un recuerdo de la máscara de cera del Papa bueno, de la lápida con el nombre del nuevo Papa beato y del pie desgastado de san Pedro en el momento de pasar por su lado.

¡Qué pocos pasan a la capilla del Santísimo sacramento!, ¡qué pocos encuentran un momento para hacer un rato de oración y elevar una plegaria a Dios! La Basílica se ha erigido para la mayor gloria de Dios y su verdadero tesoro es la presencia de Jesús sacramentado en su interior. La inmensa mayoría de los visitantes, creyente o no, pasan de largo sin descubrir cuál es el verdadero sentido de lo que admiran y sin reconocer la Presencia de quien lo habita. El signo está levantado y, además, es atrayente. Todo parece estar al servicio de la Presencia divina, todo para que las multitudes se admiren ante tanta belleza y caigan en adoración ante Aquél que la habita y, sin embargo, los diletantes que visitan el epicentro de la cristiandad pasan sin reconocer al Señor que de algún modo les espera...

Esta anécdota no deja de ser una parábola de lo que ocurre en nuestros días. El gran templo de la creación está levantado y las maravillas que lo adornan ofrecidas. Los propios seres humanos son para sí un templo lleno de dignidad y belleza, y su propia historia, a pesar de sus páginas oscuras, parece aspirar hacia un destino en el que se realice la fraternidad universal. Los creyentes sabemos que esto remite a Dios: al Creador, al Providente, al Definitivo. Lo sabemos porque está realizado y testimoniado por su Hijo Jesús, el hijo de María, y porque el Espíritu del Amor nos lo ha impreso en el corazón por la fe y la esperanza. Y, sin embargo, nuestros contemporáneos, al

menos en occidente, han dado la espalda a Dios. Habitan en su templo, se admiran de las maravillas que realiza y se gozan de los tesoros que ofrece, pero a él le ignoran. Ignoran a quien es el Señor del templo, a quien es su artífice y a quien es anfitrión de la humanidad, su compañía y destino.

Este es el contexto en el que hoy la Iglesia realiza la misión de la palabra. Misión que la constituye. Misión sin la cual perdería su razón de ser. Pero misión que en este tiempo se ha hecho, si cabe, más urgente pues en un mundo en el que parece que Dios no tiene cabida es preciso que la Iglesia vocee con piedad, vigor e inteligencia la Palabra por la que Dios se ha dicho a sí mismo, llama al hombre y le ofrece su amistad.

La exhortación apostólica postsinodal *Verbum Domini*, que el papa Benedicto XVI ha regalado a la Iglesia, es un buen punto de referencia para reflexionar sobre la misión que nace de la Palabra. El documento pontificio está dividido en tres partes: la primera expone y da testimonio de quien es la Palabra de Dios: Jesucristo: *Verbum Dei* (VD 6-49); la segunda, reflexiona sobre la Palabra de Dios en la vida de la Iglesia: *Verbum in ecclesia* (VD 50-89); y la tercera trata, justamente, la misión de la Iglesia: el anuncio de la Palabra de Dios al mundo: *Verbum mundo* (VD 90-124). Aunque esta tercera parte es la que atañe directamente al tema de nuestro trabajo, nuestra reflexión, no obstante, va a avanzar a partir de una lectura trasversal de todo el documento pontificio.

El artículo lo vamos a dividir en tres partes. En la primera, analizaremos la problemática de fondo a la que viene a dar respuesta la exhortación *Verbum Domini* y que no es otra que la indiferencia cuando no el rechazo de Dios en el que nuestros contemporáneos se hallan instalados. En la segunda, estudiaremos la respuesta que Dios mismo da a ese rechazo: Dios se ha revelado en su Palabra, se ha dicho, de un modo definitivo, en Jesucristo, quien ha cumplido hasta el extremo la misión de “decir” a Dios y ha encomendado a su Iglesia que, bajo la acción del Espíritu, continúe con esa misión. Por último, en la tercera parte, estudiaremos de qué modo la exhortación postsinodal entiende y compone esa misión eclesial de la Palabra.

Nuestro trabajo va a tener como referencia fundamental la exhortación *Verbum Domini*, pero también nos remitiremos a otras intervenciones de Benedicto XVI en las cuales explicita y profundiza algunos elementos que ha indicado en dicha exhortación. Nuestra intención es que nuestra reflexión avance a partir del pensamiento y la orientación pastoral que el propio Santo Padre está dando a su pontificado.

II. ¿DÓNDE ESTÁ TU DIOS?

1. EN EL SURCO ABIERTO POR LA NUEVA EVANGELIZACIÓN

En la estela abierta por sus antecesores en la sede de Pedro, el papa Benedicto ha renovado el mandato evangelizador de Jesús a su Iglesia (cf. Mt 28,19-20; Mc 16,15-18; Hch 1,8; Jn 20,19-23) y ha impulsado el proyecto misionero de la nueva evangelización¹. Este proyecto (quizá el primero a escala global), como es evidente, tiene orientaciones diversas según las circunstancias y situaciones que respecto a la fe viven los países, grupos humanos o ambientes que son destinatarios del Evangelio. No obstante, en la base de la nueva evangelización se halla un renovado y común impulso misionero nacido de la escucha de la Palabra. Su condición es el encuentro con Dios y la acogida de la gracia que su Espíritu da, la cual transforma a los creyentes en testigos y pregoneros de la Palabra que ha pronunciado en Jesucristo².

La exhortación *Verbum Domini* viene a responder al deseo de los Padres sinodales de que el Santo Padre publique una exhortación en la que recoja la riqueza y las indicaciones propuestas en la XII Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los Obispos cuyo tema fue *La Palabra de Dios en la vida y en la misión de la Iglesia* (cf. VD 1). Sin embargo, este documento también se ha de entender como una etapa más en el contexto de ese “plan unitario” que supone la nueva evangelización y que tiene en la creación del nuevo dicasterio y en la convocatoria del próximo Sínodo otros dos hitos importantes en el empeño de Benedicto XVI de renovar e impulsar la acción evangelizadora de la Iglesia³.

-
- 1 “Haciéndome cargo de la preocupación de mis venerados predecesores, considero oportuno dar respuestas adecuadas para que toda la Iglesia, dejándose regenerar por la fuerza del Espíritu Santo, se presente al mundo contemporáneo con un impulso misionero capaz de promover una nueva evangelización” (Motu Proprio *Ubicumque et semper* [21-IX-2010]).
 - 2 “Hablar de ‘nueva evangelización’ no significa tener que elaborar una única fórmula igual para todas las circunstancias. Y, sin embargo, no es difícil percatarse de que lo que necesitan todas las Iglesias que viven en territorios tradicionalmente cristianos es un renovado impulso misionero, expresión de una nueva y generosa apertura al don de la gracia” (Ibid.).
 - 3 cf. XIII ASAMBLEA GENERAL ORDINARIA DEL SÍNODO DE LOS OBISPOS, *Lineamenta. La nueva evangelización para la transmisión de la fe cristiana*, (Lineamenta) (2-II-2011) 1. El Consejo Pontifi-

Consideramos, pues, justificada la lectura trasversal que vamos hacer de la exhortación *Verbum Domini* desde la perspectiva de la misión de la Iglesia. Lejos de forzar el sentido del documento pontificio, esta clave de lectura nos permitirá comprender su tenor más profundo, al tiempo que el mismo documento nos ayudará a poner las bases a partir de las cuales la nueva evangelización encontrará verdadero arraigo e impulso en la misión del Dios-Trinidad.

2. COMO SI DIOS NO EXISTIERA

Unas sucintas indicaciones de la propia exhortación nos indican cuál es la problemática de fondo a la que *Verbum Domini* viene a dar respuesta:

En nuestra época se ha difundido lamentablemente, sobre todo en Occidente, la idea de que Dios es extraño a la vida y a los problemas del hombre, más aún, de que su presencia puede ser incluso una amenaza para su autonomía (VD 23).

En un mundo que considera con frecuencia a Dios como algo superfluo o extraño, confesamos con Pedro que sólo Él tiene ‘palabras de vida eterna’ (Jn 6,68) (VD 2).

Con estas palabras el Papa hace referencia a la vieja problemática que atraviesa toda la modernidad: la necesidad que tiene el hombre moderno de emanciparse de Dios. En efecto, desde la ilustración, parece que para afir-

cio para la Promoción de la Nueva Evangelización ha sido erigido por el papa Benedicto XVI como dicasterio de la Curia romana por la Carta apostólica en forma de “motu proprio” *Ubicumque et semper* el 21-IX-2010. El Santo Padre convocó la XIII Asamblea sinodal con el tema *La nueva evangelización para la transmisión de la fe cristiana*, en la homilía de la Misa conclusiva de la Asamblea Especial para el Medio Oriente del Sínodo de los Obispos el 24-X-2010.

mar al hombre es preciso negar o ignorar a Dios⁴. Gran parte del pensamiento contemporáneo se ha elaborado a partir de esta premisa: solo en la medida en que se rechaza a Dios y la cosmovisión que le es aneja el hombre puede ser afirmado. Si Dios es un ser supremo, que lo sabe todo, lo ocupa todo y todo lo tiene bajo su control, la sola mención de su nombre no puede suponer más que una intromisión en la vida del hombre y una limitación del ejercicio de su libertad. La negación de la existencia divina, adquiera la forma que sea, supone la condición necesaria para pensar el ser humano, reconocerle en su verdadera autonomía y considerarle el auténtico protagonista de su vida y de la historia.

En otras ocasiones, la afirmación antropológica no necesita llegar al rechazo, simplemente deriva en la *indiferencia* a lo divino y a la pérdida del sentido para lo religioso. Los progresos que la humanidad ha alcanzado en todos los órdenes de la vida han hecho que el ser humano esté pagado de sí y del poder que le confiere la ciencia y la técnica. Pertrechado con los medios y herramientas que han salido de sus manos, simple y llanamente, no siente necesidad de que un ser supremo le tutele. Dios, si es que todavía tiene sentido pronunciar su nombre, aparece más como un estorbo que como posibilidad y sólo se le consiente en la medida en que queda en el recuerdo o viene a ocupar las esferas que no gozan del verdadero interés para el hombre.

En cualquier caso, sea cual sea su forma o expresión, el proyecto postmoderno mantiene como presupuesto el ateísmo o la indiferencia. En nuestra cultura occidental, ha arraigado tanto la exclusión de Dios que nuestros contemporáneos, más allá de cualquier proceso argumental, lo viven como un a priori necesario para poder ser hijos de la cultura actual y lograr la propia realización. De este modo, aunque vieja es la problemática, hoy continúa siendo un auténtico desafío para los que profesamos la fe en el Dios cristiano.

4 Sobre el tema: G. GIRARDI, *El ateísmo contemporáneo*, 4 vol., (Madrid 1971-1973); I. LACROIX, *El sentido del ateísmo moderno* (Barcelona 1973); H. DE LUBAC, *El drama del humanismo ateo* (Madrid 1967). Para una rápida panorámica cf. V. MIAMO, "Ateísmo", en: L. PACOMIO, et al. (coords), *Diccionario Teológico Interdisciplinar I* (Salamanca 1982) 501-521; J. J. SÁNCHEZ, "Ateísmo", en: X. PIKAZA – N. SILANES (dirs.), *Diccionario teológico El Dios Cristiano* (Salamanca 1992) 112-123.

Ya el Concilio levantó acta de ello cuando bajo el término genérico de “ateísmo” declaró que éste “debe ser considerado entre los problemas más graves de esta época” (GS 19)⁵. En el postconcilio, el ateísmo, bajo la forma de indiferencia, ha seguido ganando terreno entre las masas hasta el punto de que el beato Juan Pablo II declaró que la cultura europea daba “la impresión de ser una apostasía silenciosa por parte del hombre autosuficiente que vive como si Dios no existiera” (EE 9), y que esta apostasía estaba ganando incluso al pueblo cristiano y minando la propia Iglesia⁶.

Benedicto XVI no ha cerrado los ojos ante tamaña problemática, más bien la ha situado en el centro de su pontificado y reiteradamente se esfuerza por alentar y orientar al conjunto de la Iglesia a dar una renovada respuesta.

5 El mismo Concilio enumera los fenómenos que se deben entender bajo la palabra “ateísmo”: “Unos niegan a Dios expresamente. Otros afirman que nada puede decirse acerca de Dios. Los hay que someten la cuestión teológica a un análisis metodológico tal, que reputa como inútil el propio planteamiento de la cuestión. Muchos, rebasando indebidamente los límites de las ciencias positivas, pretenden explicar todo sólo con la razón científica o, por el contrario, rechazan sin excepción toda verdad absoluta. Hay quienes exaltan tanto al hombre, que dejan sin contenido la fe en Dios, ya que les interesa más, según parece, la afirmación del hombre que la negación de Dios. Hay quienes imaginan un Dios por ellos rechazado, que nada tiene que ver con el Dios del Evangelio. Otros ni siquiera se plantean la cuestión de Dios, porque no parecen sentir inquietud religiosa ni perciben el motivo de preocuparse de la religión.” (GS 19). Para un panorama actual del ateísmo cf. S. DEL CURA, “Afirmación radical del hombre: Dios trinitario y ateísmo contemporáneo”: *Estudios Trinitarios* 44 (2010) 159-237.

6 No nos resistimos a citar por extenso el análisis que Juan Pablo II hace de esta situación, para comprender el alcance de la misma: “Muchos europeos contemporáneos creen saber qué es el cristianismo, pero realmente no lo conocen. Con frecuencia se ignoran ya hasta los elementos y las nociones fundamentales de la fe. Muchos bautizados viven como si Cristo no existiera. se repiten los gestos y los signos de la fe, especialmente en las prácticas de culto, pero no se corresponden con una acogida real del contenido de la fe y una adhesión a la persona de Jesús. En muchos un sentimiento religioso vago y poco comprometido ha suplantado a las grandes certezas de la fe; se difunden diversas formas de agnosticismo y ateísmo práctico que contribuyen a agravar la disociación entre fe y vida; algunos se han dejado contagiar por el espíritu de un humanismo inmanentista que ha debilitado su fe, llevándoles frecuentemente, por desgracia, a abandonarla completamente; se observa una especie de interpretación secularista de la fe cristiana que la socava, relacionada también con una profunda crisis de conciencia y la práctica moral cristiana. Los grandes valores que tanto han inspirado la cultura europea han sido separados del Evangelio, perdiendo así su alma más profunda y dando lugar a no pocas desviaciones” (EE 47).

Basta el siguiente texto para comprender con qué dolor vive el Papa la lejanía de los hombres de Dios y la urgencia con la que demanda su evangelización:

La primera prioridad para el Sucesor de Pedro fue fijada por el Señor en el Cenáculo de manera inequívoca: "Tú... confirma a tus hermanos" (Lc 22,32). El mismo Pedro formuló de modo nuevo esta prioridad en su primera Carta: "Estad siempre prontos para dar razón de vuestra esperanza a todo el que os la pidiere" (1 P 3,15). En nuestro tiempo, en el que en amplias zonas de la tierra la fe está en peligro de apagarse como una llama que no encuentra ya su alimento, la prioridad que está por encima de todas es hacer presente a Dios en este mundo y abrir a los hombres el acceso a Dios. No a un dios cualquiera, sino al Dios que habló en el Sinaí; al Dios cuyo rostro reconocemos en el amor llevado hasta el extremo (cf. Jn 13,1), en Jesucristo crucificado y resucitado. El auténtico problema en este momento actual de la historia es que Dios desaparece del horizonte de los hombres y, con el apagarse la luz que proviene de Dios, la humanidad se ve afectada por la falta de orientación, cuyos efectos destructivos se ponen cada vez más de manifiesto.⁷

“Dios desaparece del horizonte del los hombres”, nuestros contemporáneos viven “como si Dios no existiera” (*etsi Deus non daretur*)⁸. Incluso los propios creyentes, heridos por el secularismo imperante, vivimos, en palabras de Juan Pablo II, “como si Cristo no existiera” (EE 47). Es un hecho, que

7 BENEDICTO XVI, *Carta a los obispos de la Iglesia católica sobre la remisión de la excomunión de los cuatro obispos consagrados por el arzobispo Lefebvre* (10-III-2009).

8 D. BONHOEFFER, *Resistencia y sumisión* (Salamanca 1983) 252. La expresión fue puesta en boga por Bonhoeffer en sus escritos desde la prisión, de ella ha arrancado la llamada teología de la muerte de Dios. Más allá de los excesos, la expresión plantea el reto de poder pensar a Dios más allá de cualquier reducción funcional que va en detrimento tanto del hombre como del propio Dios, y plantear de un modo renovado la cuestión de la necesidad que tiene el ser humano de Dios; cf E. JÜNGEL, *Dios como misterio del mundo* (Salamanca 1984); J. MOINGT, “Gratuité de Dieu” en: RSR 83 /1995) 331-356 ; J. J. SÁNCHEZ, “Muerte de Dios”, en: PIKAZA-SILANES, *Diccionario teológico El Dios Cristiano*, 843-947.

tanto el cristianismo (en concreto en su forma católica) como lo religioso, en general, parece desaparecer del foco central de la cultura⁹.

Es verdad, que con la crisis de la razón y con la caída de los grandes relatos y de los proyectos de tipo prometeico parece que está volviendo una nueva religiosidad. Pero es preciso no engañarse, en realidad se trata más bien de una especie de “religión del espíritu y del ‘yo’, que hunde sus raíces en la crisis del sujeto, se encierra progresivamente en el narcisismo y rechaza todo elemento histórico salvífico”¹⁰. En efecto, en este retorno de lo sagrado, Dios, cuando se nombra, carece de rostro o de características personales; el centro de la búsqueda religiosa de los individuos es, en realidad, el propio “yo”; la cuestión de la verdad, reguladora de la verdadera religión, simplemente se ignora; y la historia permanece al margen del proceso interior¹¹. Al final, Dios resulta un extraño para nuestros contemporáneos. El Dios de la revelación cristiana que durante siglos ha alentado las familias, ha inspirado la acción educativa y ha configurado la cosmovisión cultural primero fue excluido y ahora es simplemente un desconocido para unos hombres que parecen haber perdido el sentido para reconocer a Dios y acoger su revelación¹².

Con la salida de Dios del horizonte del hombre, el drama de nuestro tiempo está planteado:

Sin Dios el hombre no sabe adónde ir ni tampoco logra entender quién es [...] La disponibilidad para con Dios provoca la disponibilidad para con los hermanos y una vida entendida como una tarea solidaria y

9 Para referirse a este fenómeno la socióloga francesa D. Hervieu-Legeer habla de “exculturación” del catolicismo cf. D. HERVIEU-LEGEER, *Catholicisme, la fin d'un monde* (Paris 2003). Sobre la falta de sentido para lo religioso O. ROY *La Sainte ignorante. Le temps de la religion sans culture* (Paris 2008).

10 P. POUPARD, *¿Dónde está tu Dios? La fe cristiana ante la increencia religiosa* (Valencia 2005) 45. J. M^a. MARDONES, *La indiferencia religiosa en España. ¿Qué futuro tiene el cristianismo?*, (Madrid 2003); J. MARTÍN VELASCO, “Metamorfosis de la religión y futuro del cristianismo”, en: S. DEL CURA ELENA (dir.) *Sociedad y tendencias de futuro* (Burgos 1998) 59-92. O. GONZÁLEZ DE CARDEDAL, *Dios* (Salamanca 2004) 65-183.

11 POUPARD, *¿Dónde está tu Dios?*, 44-50.

12 LL. DUCH, *Un extraño en nuestra casa* (Barcelona 2007). Sobre el significado teológico de la increencia cf. M. GELABERT BALLESTER, *La revelación. Acontecimiento fundamental, contextual y creíble* (Salamanca-Madrid 2009) 149-164.

gozosa. Al contrario, la cerrazón ideológica a Dios y el indiferentismo ateo, que olvida al Creador y corre el peligro de olvidar también los valores humanos, se presentan hoy como uno de los mayores obstáculos para el desarrollo. *El humanismo que excluye a Dios es un humanismo inhumano*¹³.

La víctima del rechazo de Dios es el propio hombre. Los efectos están a la vista. No es que el ser humano no logre grados de bienestar y, a través de la ciencia y la técnica, no consiga éxitos admirables que facilitan su vida. No es que no haya frutos de solidaridad entre las personas y los pueblos. Simplemente, como el ser humano tiene una vocación eterna que no puede realizarla por sus propias fuerzas, tarde o temprano se encuentra con el sinsentido y la falta de esperanza, y cae en la tentación de instalarse en la inmanencia, de olvidar los valores humanos y de contemplar a los otros como rivales más que como amigos. Al final, sin la interlocución con Dios, el hombre siente que sus palabras carecen de sentido para decirse y para acoger el decirse de sus semejantes y el mundo se hace inhumano.

Este es el desafío que hoy tiene la Iglesia, en general, y cada cristiano en particular: servir la comunicación que Dios sigue haciendo de sí a nuestros contemporáneos y ayudar a que estos activen su sentido de Dios. Pero ¿cómo vamos a servir la Presencia de Dios si nuestra vida no transcurre ante Él?, ¿cómo vamos a dar razón de nuestra esperanza, si antes no escuchamos su Palabra y acogemos la verdad que nos revela?, y ¿cómo vamos a dar testimonio de la fuerza humanizadora del Evangelio, si los discípulos ya no seguimos las huellas de Cristo?

13 BENEDICTO XVI, Carta encíclica "*Caritas in Veritate*" (=CV) (29-VI-2009) 78. Un comentario para esta afirmación problemática en el plano de la verificación práctica cf. DEL CURA, "Afirmación radical", 170-189.

III. LA NOVEDAD DEL ANUNCIO CRISTIANO: DIOS SE HA REVELADO

La novedad del anuncio cristiano es la posibilidad de decir a todos los pueblos: “Él se ha revelado. Él personalmente. Y ahora está abierto el camino hacia Él. La novedad del anuncio cristiano no consiste en un pensamiento sino en un hecho: Él se ha revelado” (VD 92)

Los cristianos parece que no terminamos de tomar conciencia del alcance de esta afirmación de nuestra fe que Benedicto XVI repite con pasión: “Él se ha revelado”. Tan acostumbrados estamos a decir que Dios se ha comunicado en su palabra, que no valoramos la novedad del cristianismo: Dios ha salvado la distancia que existe entre Él y el hombre y se ha dado a conocer en su Hijo Jesús, la Palabra hecha carne (cf. Jn 1,14).

En efecto, en el seno de la fe cristiana late una gran paradoja (cf. VD 90). Por un lado, afirma que “a Dios, nadie lo ha visto jamás” (Jn 1,18; cf. 1 Jn 4,12), que nada de lo creado, ninguna representación que de Él se pueda hacer define o mide la realidad del Dios Altísimo –el Totalmente Otro y No Otro, el *Deus semper maior*–, y que ante ese misterio no le cabe al hombre más que plegarse y acogerlo en su oscuridad. Sin embargo, por otro lado, el anuncio cristiano se basa en la convicción de que por la encarnación de su Palabra verdaderamente conocemos a Dios; de que, en efecto, Jesús, el Verbo hecho carne, al haber puesto su tienda entre nosotros (cf. Jn 1,14), al ser Él “la imagen de Dios invisible” (Col 1,15), nos ha dado a conocer de tal modo al Padre (cf. Mt 11,27), que quien le ve a Él ve a quien es la fuente de la vida y el amor (cf. Jn 14,9). La Iglesia, lejos de ocultar esta paradoja, la tiene siempre presente y la pregona. Ella manifiesta y hace más patente el valor incomparable del Evangelio que porta en favor de todos los pueblos.

La misión de la Iglesia nace, por tanto, de esta certeza: El misterio de Dios se comunica mediante el don de su Palabra, una Palabra que, siendo eterna como Dios es eterno, se ha pronunciado al modo humano cuando, en la plenitud de los tiempo, se hizo carne en el seno de María (cf. Jn 1,14; Ga 4,4). De Jesucristo viene la gracia y la verdad para la humanidad (cf. Jn 1,17), pues en Él reside la plenitud de la divinidad (cf. Col 1,19); sólo en Él pueden encontrar los hombres la luz y la vida (cf. Jn 8,12; 10,10), el pastor y el amigo (cf. Jn 10,11-16; 15,13-16) que nos lleva a Dios.

¿Por qué se ha revelado Dios?, ¿es que Dios necesita del hombre?, y el ser humano ¿es capaz de escuchar y acoger la Palabra divina?, ¿cómo le alcanza dicha revelación?, ¿puede negarse a ella?, ¿qué papel tiene la Iglesia en un acontecimiento que se juega entre Dios y cada hombre en los profundo de su conciencia? Estas son solo algunas preguntas que brotan espontáneamente al afirmar la revelación de Dios y constatar que muchos de nuestros contemporáneos parecen haber dado la espalda a la comunicación divina. ¿De qué modo responde *Verbum Domini* a estas cuestiones?, ¿qué fundamentos teológicos ofrece para la misión de la Iglesia?.

1. EL DISEÑO DE DIOS

Dios no ha creado lo que existe por alguna necesidad. No es la deficiencia propia la que le lleva a dar a luz la creación de modo que le venga a completar. Es la plenitud del amor Trinitario: “Dios es amor” (1 Jn 4,16), la que se desborda y da la existencia a lo que no es Dios para hacerlo partícipe de su sobreabundancia en la propia comunión de vida y amor:

Dios se nos da a conocer como misterio de amor infinito en el que el Padre expresa desde la eternidad su Palabra en el Espíritu Santo. Por eso, el Verbo, que desde el principio está junto a Dios y es Dios, nos revela al mismo Dios en el diálogo de amor de las Personas divinas y nos invita a participar de él (VD 6)¹⁴.

En efecto, el misterio del Dios-Trinidad se nos ha dado a conocer a lo largo de la historia de la salvación, ¿cómo lo hubiéramos podido conocer sino? Pero en el principio, desde toda la eternidad, antes de que su revelación se desplegara en la historia, su misterio de amor ya existía y eso es lo que se ha comunicado y dado a conocer en la manifestación de su Palabra¹⁵. Desde siem-

14 Ya el *Decreto sobre la actividad misionera de la Iglesia “Ad gentes”*, y de un modo sucinto como en *Verbum Domini*, manifestaba cómo la misión brota de la comunión trinitaria y cómo el diseño divino surge de su sobreabundancia cf. AG 2.

15 cf. W. KASPER, *El Dios de Jesucristo* (Salamanca 1986) 265-357; P. CODA, *Dios Uno y Trino. Revelación, experiencia y teología del Dios de los cristianos* (Salamanca 2000) 169-251; L.F. LADARIA, *El Dios vivo y verdadero. El misterio de la Trinidad* (Salamanca 1998) 239-427; R. FERRARA, *El misterio de Dios. Correspondencias y paradojas* (Salamanca 2005) 471-640.

pre, el Padre se entrega por completo al Hijo, al que engendra en sus entrañas amorosas. Desde siempre, el Hijo se retorna por completo al Padre en absoluta correspondencia de amor. Y desde siempre, el Espíritu, que procede de esta mutua y eterna entrega, enlaza al Padre y al Hijo en la comunión de amor. La Trinidad es diálogo de amor y, en ese diálogo, el Hijo es la Palabra que el Padre pronuncia para decirse a sí mismo, su misma Imagen por la que resplandece y comunica de un modo único su divinidad. Y el Espíritu es el amor personal por el que el Padre y el Hijo se entregan mutuamente y se desbordan más allá de sí mismos.

Es, pues, a causa de esta sobreabundancia de amor y de vida que la Trinidad crea y, en medio de la creación, da la vida a una criatura que, amándola por sí misma (cf. GS 24), la hace su interlocutor, de modo que en el diálogo mutuo entre toda la creación. En efecto, en virtud del exceso, Dios ha proyectado para todo lo creado *un designio de amor* que quiere realizar en diálogo y colaboración amistosa con el hombre, criatura modelada a su imagen y semejanza (cf. Gn 1,26). El diálogo que sostiene con el hombre no es sino una participación del que la Trinidad mantiene en su interior. Este diálogo se realiza en su Palabra: Dios pronuncia su Palabra y realiza la obra de la creación; la Palabra se encarna y realiza la obra de la redención, lo que estaba lejos es asumido y rescatado; la Palabra retorna al Padre y, por la obra eficaz de su Espíritu que recapitula todo en ella, introduce en la comunión trinitaria todo lo que salió de sus manos.

Todo el ser está bajo el signo de la Palabra. El Verbo sale del Padre y viene a vivir entre los suyos, y retorna al seno del Padre para llevar consigo a toda la creación que ha sido creada en Él y para Él (VD 121)¹⁶.

La realización del designio divino está en función de este diálogo que Dios ha iniciado con la comunicación de su Palabra y que el hombre debe

16 Otros textos: "Jesucristo es esa Palabra definitiva y eficaz que ha salido del Padre y ha vuelto a Él, cumpliendo perfectamente en el mundo su voluntad" (VD 90). "Todas las promesas de Dios se han convertido en Jesucristo en un 'sí' (cf. 2 Co 1,20). De este modo se abre para el hombre la posibilidad de recorrer el camino que lo lleva hasta el Padre (cf. Jn 14,6), para que al final Dios sea 'todo para todos' (1 Co 15,28)" (VD 20).

consentir al acoger y responder con la misma Palabra. *Verbum Domini* pasa revista a cómo este designio está regido por el Verbo eterno y es comunicación de Dios¹⁷.

2. DIOS SE HA COMUNICADO A SÍ MISMO POR SU PALABRA

Desde un inicio, el Papa nos advierte de las diversas maneras en las que se usa la expresión “Palabra de Dios” y cómo, en una “sinfonía de la Palabra”, es el Logos eterno, el Hijo único de Dios, el que de diversas maneras comunica el Misterio divino (cf. VD 7). No obstante, también nos indica que en el centro de la constelación que crea la Palabra de Dios y lo que da el último sentido al uso analógico de dicha expresión está el acontecimiento de la Encarnación: “Jesucristo, nacido de María Virgen, es realmente el Verbo de Dios que se hizo consustancial a nosotros” (VD 7). En Él adquieren valor definitivo todas las palabras parciales que Dios comunica al hombre (en la creación, por los profetas...), de Él brota la gracia que porta la Palabra que a través del testimonio de la Tradición y la Escritura transmite la Iglesia. El Verbo eterno de Dios hecho carne es el que confiere el significado fundamental a la Palabra de Dios (cf. VD 8) y constituye la fuente desde la que Dios se manifiesta y autocomunica a la humanidad. Esta advertencia de la exhortación ofrece la clave para reconocer el verdadero valor y el último sentido de las comunicaciones parciales de Dios, también realizadas en su Palabra.

La creación entera ha sido creada por la Palabra (cf. Jn 1,3; Col 1,16; Hb 11,3), ella es el fundamento de la realidad (cf. VD 10), “la Razón creadora la ordena y guía”. Nada de lo que existe es fruto del azar irracional. Todo ha sido querido por Dios y está dentro de sus planes, “en cuyo centro está la invitación a participar en la vida divina en Cristo”. Dios da testimonio de sí mismo en el *liber naturae*, porque “toda criatura es Palabra de Dios, en cuanto que proclama a Dios” (cf. VD 8).

De hecho, toda la creación está llamada a servir a la Palabra, en ella “se desarrolla la historia de amor entre Dios y su criatura, pues, la salvación del hombre es el motivo de todo”. El hombre, imagen de Dios, lleva en sí la

17 En los puntos que siguen la Exhortación explícita la Constitución dogmática *Dei Verbum* 3-4.

impronta de la Palabra, de manera que en su interior experimenta una llamada hacia Dios y una ley inscrita en el corazón: haz el bien, evita el mal, que le conduce hacia Él (cf. VD 9). Dios en distintas ocasiones y de muchas maneras ha alentado el diálogo con la humanidad (cf. Hb 1,1-2), en especial, con su pueblo Israel, al que, “con obras y palabras, se fue revelando como Dios vivo y verdadero”, para que esta porción de la humanidad, al experimentar el obrar de Dios y comprender mejor su lenguaje, fuera su pregonero entre todas las naciones (cf. VD 11).

Al final, “la Palabra eterna, que se expresa en la creación y se comunica en la historia de la salvación, en Cristo se ha convertido en un hombre ‘nacido de una mujer’ (Ga 4,4)”. En efecto, “la fe apostólica testimonia que la Palabra eterna se hizo Uno de nosotros” y que, por tanto, quien se encuentra con Jesús se encuentra con la Palabra en la que Dios mismo se comunica (cf. DV 11). Imposible no llenarse de asombro ante tamaña condescendencia divina. Nadie podría imaginar que Dios no solo estableciera diálogo con el hombre sino que él mismo en Jesús se hiciera hombre para consumir ese mismo diálogo.

El Hijo mismo es la Palabra, el *Logos*; la Palabra eterna se ha hecho pequeña, tan pequeña como para estar en un pesebre. Se ha hecho niño para que la Palabra esté a nuestro alcance. Ahora, la Palabra no sólo se puede oír, no sólo tiene una voz, sino que tiene un *rostro* que podemos ver: Jesús de Nazaret (VD 12a)¹⁸.

En Jesús, “el Verbo se ha abreviado”, la divinidad se ha empequeñecido en la humanidad. Por la obediencia que el Hijo mantiene al Padre en la carne nos la da a conocer y capacita a los seres humanos para que cumplan su interlocución con Dios (cf. VD 12b). Así es, Jesús además de ser la Palabra que Dios dirige al hombre, es también el diálogo eterno de la Trinidad

18 Con otras palabras: “El Maestro que habla no enseña lo que ha aprendido de otros, sino lo que Él mismo es, el único que conoce de verdad el camino del hombre hacia Dios, porque es Él quien lo ha abierto para nosotros, lo ha creado para que podamos alcanzar la vida auténtica, la que siempre vale la pena vivir en toda circunstancia y que ni siquiera la muerte puede destruir” (BENEDICTO XVI, *Discurso de acogida a los jóvenes participantes en la JMJ de Madrid* [18-VIII-2011]).

en el que el hombre es introducido. El diálogo que mantienen el Padre y el Hijo, ahora es el diálogo que el Padre mantiene con cada una de sus criaturas en su Hijo Jesús. Jesús es la Palabra de Dios al hombre y del hombre a Dios (cf. VD 25).

Palabra desentrañada de un modo definitivo en su entrega pascual. En la cruz, Jesús cumple hasta el fondo la voluntad del Padre, y con ello consume el designio divino.

La misión de Jesús se cumple finalmente en el misterio pascual: aquí nos encontramos ante el “Mensaje de la cruz” (1 Co 1,18). El Verbo enmudece, se hace silencio mortal, porque se ha “dicho” hasta quedar sin palabras, al haber hablado todo lo que tenía que comunicar, sin guardarse nada para sí (VD 12c)

En su Hijo, Jesús, Dios ha venido a buscar al hombre hasta el límite de la muerte y ahí ha desentrañado su amor. Su Palabra ha sido pronunciada por completo, en ella se ha dicho, se ha comunicado de un modo definitivo y con ello golpea la conciencia y el corazón de los hombres para que, saliendo de su cerrazón, acepten participar de la Interlocución-Alianza, nueva y eterna, que Cristo ha sellado en su sangre¹⁹. Ahora, Dios parece quedar en silencio. Pero, en realidad, por el misterio luminoso de la resurrección, Cristo es el *Pantocrátor* (cf. VD 12e) y se revela como mediador y plenitud de todas las palabras que Dios ha proferido en la creación, en la conciencia de los hombres y en la historia (cf. DV 2). “Jesucristo es la Palabra definitiva de Dios; Él es ‘el primero y el último’ (Ap 1,17)”, en quien se cumple el designio de Dios y la creación y el hombre encuentra su futura realización (cf. VD 14).

19 “Con la cruz, Jesús ha abierto de par en par la puerta de Dios, la puerta entre Dios y los hombres. Ahora ya está abierta. Pero también desde el otro lado, el Señor llama con su cruz: llama a las puertas del mundo, a las puertas de nuestro corazón, que con tanta frecuencia y en tan gran número están cerradas para Dios. Y nos dice más o menos lo siguiente: si las pruebas que Dios te da de su existencia en la creación no logran abrirte a él; si la palabra de la Escritura y el mensaje de la Iglesia te dejan indiferente, entonces mírame a mí, al Dios que sufre por ti, que personalmente padece contigo; mira que sufro por amor a ti y ábrete a mí, tu Señor y tu Dios” (BENEDICTO XVI, *Homilía del Domingo de Ramos y de la Pasión del Señor* [1-IV-2007]).

Pero ¿cómo se mantiene en el tiempo la Palabra pronunciada en un momento determinado del tiempo? “La comunicación que Dios hace de sí mismo implica siempre la relación entre el Hijo y el Espíritu Santo, a quienes Ireneo de Lyon llama precisamente ‘las dos manos del Padre’” (VD 15a). En efecto, si la exhortación ha pasado revista de cómo la Palabra ha sido pronunciada de diverso modo a lo largo de la historia, en los números 15-16, indica la actuación del Espíritu en relación con esa Palabra. El Espíritu de la Trinidad actúa desde un principio en la creación, él inspira a los profetas y mensajeros de Dios para pronunciar su Palabra a lo largo de la historia de diálogo que lleva con los hombres. En la plenitud de los tiempos, su misión se entrelaza con la misión del Verbo encarnado, como lo manifiestan sus intervenciones en la vida de Jesús. Y, después de la resurrección, da testimonio de la Palabra divina en la Iglesia y hace de los discípulos de Jesús testigos y partícipes de su misión (cf. Jn 15,26-27; 20,20-23).

Tal es la misión del Espíritu, que sin Él las palabras humanas nos son capaces de declarar la Palabra divina, y sin su luz y su gracia resultaría imposible comprender y acogerla como venida de Dios.

La Palabra de Dios, pues, se expresa con palabras humanas gracias a la obra del Espíritu Santo (VD 15b).

De aquí resulta con claridad que no se puede comprender el sentido de la Palabra si no se tiene en cuenta la acción del Paráclito en la Iglesia y en los corazones de los creyentes (VD 16c).

3. LA RESPUESTA DEL HOMBRE A DIOS

Dios se comunica a los hombres. En Jesucristo, ha mostrado su voluntad decidida de tratarles como amigos para invitarles y recibirlos en su compañía (cf. DV 2). Pero el hombre ¿está en disposición de escuchar a Dios, de recibir su Palabra y de dar la respuesta debida?, y ¿cómo la recibe?, ¿de qué manera la responde?

Dios nos ha hecho a cada uno capaces de escuchar y responder a la Palabra divina. El hombre ha sido creado en la Palabra y vive de ella; no se entiende a sí mismo si no se abre a este diálogo. La Palabra de

Dios revela la naturaleza filial y relacional de nuestra vida. Estamos verdaderamente llamados por gracia a conformarnos con Cristo, el Hijo del Padre y ser transformados en Él (VD 22).

Verbum Domini tiene como presupuesto la antropología cristiana. De entre todas las criaturas Dios ha creado una para que pudiera entrar en interlocución con Él. Hecho a imagen y semejanza divina, en realidad, ha sido creado a imagen de quien es la verdadera Imagen de Dios, su Hijo eterno. Por eso la exhortación señala que el “hombre ha sido creado en la Palabra y vive de ella”. Así es, el hombre y la mujer no solo han sido creados como efecto de la Palabra, cuando Dios dijo “hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza” (cf. Gn 1,26); sino que fueron dados a luz “en” su Palabra, es decir, insertos en Aquel que es la misma comunicación del Padre y es diálogo eterno con Él. El ser humano sólo vive de esa Palabra, porque es la condición de su existencia, y no se puede entender a sí mismo si no aspira y se abre a ese diálogo en el que ha sido establecido desde su creación²⁰.

Hechos pues a imagen de la Palabra eterna, más aún, en atención a su encarnación en Jesús –“pues Adán, el primer hombre, era figura del que había de venir, es decir de Cristo, el Señor” (GS 22)–²¹, los seres humanos cumplen su vocación relacional, y con ello alcanzan su plenitud, en la medida en que por gracia se conforman y se van transformando a semejanza de Cristo, Jesús.

20 “Nosotros sabemos bien que hemos sido creados libres, a imagen de Dios, precisamente para que seamos protagonistas de la búsqueda de la verdad y el bien, responsables de nuestras acciones, y no meros ejecutores ciegos, colaboradores creativos en la tarea de cultivar y embellecer la obra de la creación. Dios quiere un interlocutor responsable, alguien que pueda dialogar con Él y amarle. Por Cristo lo podemos conseguir verdaderamente y, arraigados en Él, darnos alas a nuestra libertad” (BENEDICTO XVI, *Discurso de acogida a los jóvenes participantes en la JMJ de Madrid* [18-VIII-2011]).

21 Cf. L. F. LADARIA, *Jesucristo, salvación de todos* (Madrid 2007) en especial los dos primeros capítulos: “Cristo, ‘perfecto hombre’ y ‘hombre perfecto’, 19-41; “La antropología cristiana como propuesta de un nuevo humanismo”, 43-77. Valga uno de los textos citados por el autor para subrayar con contornos vivos lo que venimos diciendo. “Pronunció [Dios] en plural ‘hagamos’ y ‘nuestra’ (cf. Gn 1, 16) y ‘de nosotros’ (cf. Gn 3,22). ¿Con quién creaba al hombre, y a quién lo hacía semejante? Con el Hijo, que iba a revestirse del hombre, y con el Espíritu, que iba a santificar al hombre; hablaba con ellos en la unidad de la Trinidad como ministros y testil

Sólo en Él, se revela la naturaleza filial del hombre. Sólo por su gracia el hombre la activa. Y sólo unido a Él, el hombre la realiza. El que el ser humano reproduzca la imagen de Cristo supone el cumplimiento de su ser, es la realización de una perfección que le es intrínseca, no algo sobreañadido, porque desde su misma creación ya fue hecho para alcanzar la perfecta semejanza del Hijo de Dios y participar plenamente en el diálogo eterno que mantiene con el Padre.

Bien está que el ser humano haya sido creado para entrar en comunión con Dios (cf. GS 19), una comunión que alcanza a través de la relación dialógica y amorosa tanto con el propio Dios como con el prójimo (cf. GS 24)²²; pero, como ser libre, libremente debe reconocer, aceptar y activar su ser relacional y su destino. Aquí surge “la posibilidad dramática” de que el hombre se sustraiga a ese diálogo que Dios le ofrece. En realidad, esto es el pecado: el “no prestar oído a la Palabra”, “la cerrazón frente al Dios que llama a la comunión con Él”, el romper la alianza que nos ofrece (cf. VD 26).

¿Cómo no caer en esta posibilidad?, más aún, cuando uno ha caído, ¿cómo liberar la libertad para renovar la disposición de escuchar y obedecer la Palabra de Dios? Nuevamente, el papa Benedicto pone en el centro de atención la entrega de Jesús:

La Palabra desvela también el pecado que habita en el corazón del hombre [...] Precisamente la obediencia radical de Jesús hasta la muerte de cruz (cf. Flp 2,8) desenmascara totalmente el pecado [...] Así, se nos ofrece la posibilidad misericordiosa de la redención y el comienzo de una vida nueva en Cristo (VD 26)

gos. Después el siguiente pasaje distingue entre las personas: *Dios hizo al hombre, lo hizo a imagen de Dios* (Gn 1,17). ¿Por qué no dice ‘a su imagen’ si era uno que hacía y no había otro a imagen del cual lo hacía? Pero había uno a imagen del cual lo hacía, es decir, el Hijo, el cual debiendo ser el hombre más cierto y verdadero (*homo futurus certior et verior*), quiso que fuera llamado hombre su imagen que entonces iba a formar del barro, imagen y semejanza del verdadero” (Tertuliano, *Adv. Praxean* XII, 3-4 [Scarpit, 170-172] citado en ID., 51).

22 En otro trabajo anterior, de la mano de la Constitución *Gaudium et spes* hemos hecho un acercamiento a la antropología relacional cristiana: cf. “La pedagogía de Dios en la historia de la salvación. Apuntes para la pedagogía de la fe”, en: M. DEL CAMPO GUILARTE, *La pedagogía de la fe. Al servicio del itinerario de iniciación cristiana* (Madrid 2009) 15-39.

El hombre se encuentra en el punto de intersección entre dos campos de gravedad. El del amor propio que le cierra sobre sí, sobre su falsa autosuficiencia, y le lleva a oírse a sí mismo e ignorar la Palabra que le viene de fuera; y el que ejerce el amor de Dios que le saca de sí, le mueve a confiarse y a escuchar la Palabra que le da la vida. Cerrado sobre sí, el hombre no puede liberarse; ciego no sabe por donde ir, cuanto más lo intenta por sus propias fuerzas más se hunde en el pozo negro del que quiere salir²³. Sólo ante la Palabra, desentrañada como misericordia y gracia en Jesús crucificado, es como el ser humano ve desvelado su pecado, recibe la redención e inicia un camino de seguimiento de Cristo que le hace receptivo de la Palabra y se configura con ella. De este modo, como hemos dicho, es la Palabra encarnada la que, con la gracia de su Espíritu, realiza su obra, porque la propia respuesta del hombre es suscitada, sostenida y consumada por ella misma (cf. VD 24).

¿Qué es, por tanto, lo que le corresponde al ser humano? Aceptar vivir ante la Palabra, dejarse confrontar con ella y, en obediencia, acogerla para que realice sobre sí su obra. En pocas palabras, entregarse a ella por *la fe*: “la respuesta propia del hombre al Dios que habla es la fe” (VD 25). La fe siempre es don de Dios, pero el Señor se la otorga al ser humano como gracia, de modo que, en propiedad constituye su propia respuesta. En efecto, la fe brota de la misma predicación del mensaje de Cristo (cf. Rm 10,17), que bajo la acción del Espíritu, se revela como Palabra de Dios y así lo reconoce y recibe el hombre. De este modo la fe nos concede “abrazar de corazón la verdad que se nos ha revelado y nos entreguemos totalmente a Cristo” (cf. VD 25) para que, en su seguimiento, nos configuremos con Él, el *Logos* de Dios, y participemos del diálogo que sostiene con el Padre.

En este punto, Benedicto XVI nos presenta a la Virgen María como el icono donde se cumple plenamente la “reciprocidad entre Palabra de Dios y

23 “Nosotros solos somos demasiado débiles para elevar nuestro corazón hasta la altura de Dios. No somos capaces. Precisamente la soberbia de querer hacerlo solos nos derrumba y nos aleja de Dios. Dios mismo debe elevarnos, y esto es lo que Cristo comenzó en la cruz. Él ha descendido hasta la extrema bajeza de la existencia humana, para elevarnos hacia Él, hacia el Dios vivo. Se ha hecho humilde. Solamente así nuestra soberbia podía ser superada: la humildad de Dios es la forma extrema de su amor, y este amor humilde atrae hacia lo alto” (BENEDICTO XVI, *Homilía domingo de Ramos* [17-IV-2011]).

fe". María es la oyente de la Palabra por antonomasia, "ella, desde la Anunciación hasta Pentecostés, se nos presenta como la mujer enteramente disponible a la voluntad de Dios" (VD 27) que, al prestarla la obediencia de la fe, experimenta cómo la Palabra realiza su obra y se encarna en su seno (cf. Lc 1,45). Ella nunca es dueña de la Palabra divina, ni ésta se le entrega en el primer instante. Ella acoge los acontecimientos de su Hijo y los conserva en su corazón (cf. Lc 2, 19.51), y, en una meditación inspirada por el Espíritu, desentraña la Palabra divina y se abandona a Dios, hasta configurar su vida según su voluntad (cf. Lc 11,27-28) (Ibid.). De este modo,

la realidad humana, creada por medio del Verbo, encuentra su figura perfecta precisamente en la obediencia de María [...] San Ambrosio nos recuerda que todo cristiano que cree, concibe en cierto sentido y engendra al Verbo de Dios en sí mismo: sí, en cuanto a la carne, sólo existe una Madre de Cristo, en cuanto a la fe, en cambio, Cristo es el fruto de todos (VD 27a.28c).

4. LA IGLESIA, ESPOSA DEL VERBO

La Virgen María es modelo de todos aquellos que en su vida reciben el Verbo de Dios, lo interiorizan y, por la fe, permiten ser configurados al modo de Cristo. Pero ella es sobre todo "la figura de la Iglesia a la escucha de la Palabra de Dios, que en ella se hace carne" (VD 27b). Acogida de la Palabra e Iglesia van de la mano. En efecto, la acogida de la Palabra solo puede darse en una interlocución de tú a Tú con Jesucristo, la Iglesia es ese ámbito de gracia donde cada creyente puede tener un diálogo efectivo con la Palabra que el Espíritu mantiene viva a lo largo de la historia (cf. VD 51b). Pero la Iglesia es una nueva creación que nace, justamente, de la reunión de aquellos que creen en la Palabra y, por el poder del Espíritu Santo, nacen de Dios (cf. Jn 1,14) y son partícipes de la vida divina (cf. Ga 4,5-6; Rm 8,14-17) (cf. VD 50).

Verbum Domini insiste en que la Iglesia se constituye y perfila su identidad por la acogida del Verbo de Dios (cf. VD 50): cuando se abre al amor divino se convierte en "partenaire" de Dios y cumple en sí el misterio nup-

cial que Cristo realiza en ella (cf. VD 22); y cuando repite con fe: “Habla, Señor que tu Iglesia te escucha” se realiza como Esposa de Cristo (cf. VD 51)²⁴. En conclusión, la Iglesia no vive de sí misma, sino por la acogida de la Palabra divina la cual la constituye en su propia casa y en el ámbito de gracia por el que sigue hablando a los hombres (cf. VD 52).

En efecto, Dios ha entregado a la Iglesia, de un modo definitivo, su propia Palabra salvífica, para que una vez que la ha pronunciado en el tiempo se comunique eficazmente siempre y en todas partes (cf. VD 17). El diálogo nupcial que mantiene con su Iglesia es la condición de posibilidad de que el mundo conozca el Evangelio y, por la acción del Espíritu, se introduzca en ese mismo diálogo:

Dios, que habló en otros tiempos, sigue conversando siempre con la esposa de su Hijo amado; y el Espíritu Santo, por quien la voz viva del Evangelio resuena en la Iglesia, y por ella en el mundo, va introduciendo a los fieles en la verdad plena y hace que habite en ellos intensamente la palabra de Cristo (cf. Col 3,16) (VD 51 que cita a DV 8)

Aquí, testimonio eclesial, acción del Espíritu y proclamación del Evangelio van de la mano. La Iglesia presta su propia humanidad, para que la Palabra que tomó carne del seno de María ahora se manifieste en la carne de su esposa. El Espíritu es el que fecunda la humanidad eclesial para que sea portadora de esa Palabra y es el que hace que la viva voz del Evangelio resuene en los corazones de los oyentes. Y la proclamación del Evangelio es

24 “Mientras la imagen de *cuerpo* acentúa la continuación de Cristo en la Iglesia, la de esposa –aducida también por la LG– nos habla que viene de Cristo, quien la ha amado y redimido y santificado, y va a unirse con el Esposo-Cristo en los desposorios eternos. La *imagen* de esposa aplicada a la Iglesia –afirmó Pablo VI en sus catequesis a los fieles– nos enseña ‘la *unión íntima e indisoluble*, y al mismo tiempo la *distinción* de Cristo y la Iglesia. Nos enseña que la Iglesia no es principio ni fin en sí misma; ella es de Cristo; de él recibe su dignidad, su virtud santificadora su realeza humilde y excelsa” (A. ANTÓN, *El Misterio de la Iglesia. Evolución histórica de las ideas eclesiológicas II* [Madrid – Toledo 1987] 960; cita de PABLO VI, Alloc. preparada para el *Angelus* del 6-VIII-1978: IN, XVI [1978] 588-589).

la oferta de fe para que los fieles acepten que Cristo, Palabra de Dios, configure su vida y habite en ellos²⁵.

El misterio esponsal que existe entre Cristo y su Iglesia configura una realidad vital en la que debe entrar personalmente todo aquel que quiera responder a la llamada de Dios. Y es que, para que un hombre de cualquier época se pueda encontrar con Cristo²⁶, es preciso que Cristo le sea contemporáneo.

La contemporaneidad de Cristo respecto al hombre de cada época se realiza en el cuerpo vivo de la Iglesia. Por eso Dios prometió a sus discípulos el Espíritu Santo, que les “recordaría” y les haría comprender sus mandamientos (cf. Jn 14,26) y, al mismo tiempo, sería el principio de una vida nueva para el mundo (cf. Jn 3,5-8; Rm 8,1.13) (VD 51 que cita VS 25)

La comunidad eclesial no es la que se arroga esta mediación de Cristo, es la virtud del Espíritu Santo la que la lleva a conocer mejor a su Señor y la inviste con los dones que Cristo la ha ganado en su Pascua. Al final, la vida eclesial es la mediación de la vida de Cristo y su humanidad histórica constituye el Cuerpo de su Señor. La Palabra encarnada mantiene su presencia entre los hombres en la carne de su Esposa y todo hombre que la reconoce y la acoge tiene en la Iglesia la ocasión de introducirse en la conversación eterna que existe en Dios.

25 “Toda la historia de la salvación puede ser considerada como una historia de la misión de Dios. La Iglesia es la obra de Dios, un instrumento en sus manos, a través de la cual Dios ejerce su misión [...] la Iglesia es un momento integral de la misión de Dios a través del Hijo y del Espíritu.” (R. CALVO PÉREZ, “La misión ‘*ad gentes*’, paradigma profético del quehacer eclesial”: *Burgense* 52 [2011] 126).

26 Recordemos que la condición para ser cristiano y ser introducido en el diálogo intratrinitario es el encuentro con Cristo, en palabras del papa Benedicto: “no se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva” (DCe 1, citado en VD 11). Según la condición del conocimiento humano de aquí deriva la exigencia de que Cristo sea contemporáneo a todo hombre.

5. TRADICIÓN, ESCRITURA Y EUCARISTÍA

Cristo está presente en su Iglesia, pero la Iglesia no es la Palabra de Dios. Ella tiene la encomienda de transmitir la Palabra y que en ella los hombres se encuentren con el Señor. En su retorno al Padre, Jesús encargó a sus apóstoles ser testigos de la comunicación de Dios y ellos han cumplido con fidelidad dicho mandato:

los Apóstoles con su predicación, sus ejemplos, sus instituciones, transmitieron de palabra lo que habían aprendido de las obras y palabras de Cristo y lo que el Espíritu Santo les enseñó; además los mismos Apóstoles y otros de su generación pusieron por escrito el mensaje de la salvación inspirados por el Espíritu Santo (VD 17 que cita DV 7)

La predicación apostólica de la Palabra permanece en la Iglesia y nos alcanza por el testimonio doble de la Tradición y la Escritura²⁷; ambas, cada una a su modo, “constituyen el depósito de la Palabra de Dios confiado a la Iglesia” (DV 10), las dos “están estrechamente unidas y compenetradas; manan de la misma fuente, se unen en un mismo caudal, corren hacia el mismo fin”. (DV 9).

Conviene entender bien estas afirmaciones conciliares. Ya hemos dicho que todo en la Iglesia está al servicio del testimonio de Cristo. Así pues la predicación apostólica de la Palabra está en el origen de la Tradición y la Escritura, ambas se conjugan para actualizarla en el hoy de la Iglesia y ambas tienen como fin entregar la presencia viva de Cristo, en quien Dios y el hombre se encuentran. Cristo no es un personaje del pasado ni está constreñido a unas palabras escritas, por eso la Tradición compone “una realidad viva y dinámica, que va creciendo en la Iglesia con la ayuda del Espíritu Santo” (VD

27 Este punto lo hemos tratado con amplitud en nuestro trabajo: “La catequesis, eco de la Palabra de Dios”, en: *Teología y Catequesis* 110 (2009) 87-97.

17)²⁸. Y ella es la que hace posible leer la Escritura como testimonio del “Verbo único, en quien él [Dios] se dice en plenitud” (VD 18)²⁹.

En definitiva, es la Tradición viva de la Iglesia la que nos hace comprender de modo adecuado la Sagrada Escritura como Palabra de Dios. Aunque el Verbo de Dios precede y trasciende la Sagrada Escritura, en cuanto inspirada por Dios, contiene la palabra divina (cf. 2 Tm 3,16) en modo muy singular (VD 17).

Sin duda, la sagrada liturgia es el ámbito en donde de una manera extraordinaria la proclamación de la Escritura se vierte en el surco de la Tradición. La liturgia de la Iglesia constituye el espacio privilegiado donde Dios se comunica a su pueblo; más aún, donde Cristo mismo “está presente en su palabra, pues es Él mismo el que habla cuando se lee en la Iglesia la Sagrada Escritura” (VD 52a, cita de SC 7). De este modo, la asamblea litúrgica constituye el lugar hermenéutico más propio donde se reconoce la Palabra viva y eficaz que los textos bíblicos anuncian. Ella, convocada y sostenida por la fe, ofrece un espacio único, ya que sólo en la fe se puede reconocer en los textos bíblicos la Palabra divina y, a la luz de la tradición, acogerla como luz y guía en el hoy histórico y eclesial (cf. VD 52b). Aquí el ejercicio hermenéutico no es una mera actividad humana, fruto de la inteligencia natural, sino que está inspirado por la acción íntima del Espíritu que mueve a la Iglesia y

28 La exhortación toma como referencia DV 8 para indicar que el crecimiento de la Tradición se refiere no tanto a que se acceda a una verdad nueva cuanto a “la comprensión de las palabras y las instituciones transmitidas”, e indica de qué modo se da ese crecimiento en la comprensión de la verdad recibida: “crece con la contemplación y el estudio, con la inteligencia fruto de una más profunda experiencia espiritual, así como con la ‘predicación de los que con la sucesión episcopal recibieron el carisma seguro de la verdad” (cf. VD 17b). Para la Iglesia como “tradición viviente” ver S. PIÉ-NINOT, *Eclesiología. La sacramentalidad de la comunidad cristiana* (Salamanca 2007) 170-174.

29 El papa Benedicto recuerda la analogía que los Padres de la Iglesia establecieron entre el Verbo de Dios que se hace “carne” y la Palabra que se hace “libro” y cita a este respecto el testimonio de san Ambrosio: “el cuerpo del Hijo es la Escritura que se nos ha transmitido” (VD 18, cita de *Expositio Evangelio secundum Lucam* 6,33: PL 15,1677).

a los creyentes a trascender las palabras humanas y reconocer en ellas la Palabra divina que las habita³⁰.

Benedicto XVI pone en valor el *carácter performativo* de la Palabra (cf. VD 56). La Palabra divina es la Palabra creadora, ella hace lo que dice y su decir siempre es un hacer. De igual modo que Dios crea por su Palabra y por su medio dirige providentemente la historia de la salvación, en la celebración litúrgica, sobre todo en los sacramentos, continúa realizando su obra salvífica (cf. VD 53). La Palabra de Dios trasmite su eficacia a los ritos litúrgicos y a los signos sacramentales, y estos manifiestan el poder transformador de la Palabra divina.

Verbum Domini muestra la especial relación que existe entre Palabra de Dios y Eucaristía. La referencia cruzada al Prólogo de Juan y al discurso de Jesús sobre el pan de vida (cf. Jn 6,22-69) da pie a la exhortación para mostrar cómo el *Logos* de Dios hecho carne es ahora el pan para la vida del mundo (cf. VD 54a). El relato de Lucas sobre los discípulos de Emaús (cf. Lc 24,13-35) también le permite poner de manifiesto la relación esencial que existe entre la proclamación de la palabra y la celebración eucarística (cf. VD 54b). Al final, Benedicto XVI subraya la relación intrínseca que existe entre la una y la otra:

Palabra y Eucaristía se pertenecen tan íntimamente que no se puede comprender la una sin la otra: La Palabra de Dios se hace sacramentalmente carne en el acontecimiento eucarístico. La Eucaristía nos ayuda a entender la Sagrada Escritura, así como la Sagrada Escritura, a su vez, ilumina y explica el misterio eucarístico (VD 55; cf. VD 86c).

30 La exhortación subraya la acción eficaz del Espíritu respecto a la recepción de la Palabra tanto para la acción litúrgica como para los creyentes: "Gracias precisamente al Paráclito, 'la Palabra de Dios se convierte en fundamento de la acción litúrgica, norma y ayuda de toda la vida. Por consiguiente, la acción del Espíritu [...] va recordando en el corazón de cada uno, aquellas cosas que, en la proclamación de la Palabra de Dios, son leídas para toda la asamblea de los fieles, y consolidando en la unidad de todos, fomenta asimismo la diversidad de carismas y proporciona la multiplicidad de actuaciones'" (VD 52a, cita de MISAL ROMANO, *Ordenación de las lecturas de la Misa* 9).

El tapiz ya está tejido y los hilos de su trama a la vista. Cristo se hace contemporáneo a los hombres de todo tiempo y lugar por su Iglesia; pero la Iglesia testimonia la presencia de Cristo en la acogida de la Palabra divina y en la celebración eucarística. Palabra de Dios y Eucaristía hacen la Iglesia. Ella es la casa de la Palabra y de la Eucaristía. Su presencia en el mundo remite a la presencia de Cristo que la habita en su Palabra y en el Sacrificio sacramental. En el seno de la Iglesia o, al menos, en contacto con ella, la Escritura se puede reconocer como Palabra divina y la fracción del pan en su actualización sacramental. La Eucaristía otorga materialidad a la Palabra que anuncia la Escritura, y la Palabra desentraña el misterio que envuelve la acción eucarística. La Iglesia, que ha respondido por la fe a la convocatoria de la Palabra y se ha transformado en cuerpo de su Señor por la participación en la mesa eucarística, está en disposición de salir a los caminos del mundo para servir el Reino de Dios y hacer discípulos de Cristo bautizándolos en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo (cf. Mt 28,19-20). La Iglesia que ha nacido de la misión que brota de la comunión trinitaria, ella misma es comunión en misión, para que a su convocatoria y bajo su mediación todos puedan participar de la comunión divina.

Terminamos este apartado citando por completo el n° 20 de la exhortación *Verbum Domini* donde, a modo de resumen, Benedicto XVI recoge los elementos fundamentales que hemos expuesto:

La economía de la revelación tiene su comienzo y origen en Dios Padre. Su Palabra “hizo el cielo; el aliento de su boca, sus ejércitos” (Sal 33,6). Es Él quien da “a conocer la gloria de Dios, reflejada en Cristo” (2 Co 4,6; cf. Mt 16,17; Lc 9,29). Dios, fuente de la revelación, se manifiesta como Padre en el Hijo “Logos hecho carne” (cf. Jn 1,14), que vino a cumplir la voluntad del que lo había enviado (cf. Jn 4,34), y lleva a término la educación divina del hombre, animada ya anteriormente por las palabras de los profetas y las maravillas realizadas tanto en la creación como en la historia de su pueblo y de todos los hombres. La revelación de Dios Padre culmina con la entrega por parte del Hijo del don del Paráclito (cf. Jn 14,16), Espíritu del Padre y del Hijo, que nos guía “hasta la verdad plena” (Jn 16,13). Y así, todas las promesas de Dios se han convertido en Jesucristo en un “sí” (cf. 2 Co 1,20). De este modo se abre para el hombre la posibilidad de recorrer el ca-

mino que lo lleva hasta el Padre (cf. Jn 14,6), para que al final Dios sea “todo para todos” (1 Co 15,28).

IV. LA MISIÓN ECLESIAL DE LA PALABRA

La Iglesia –y en su seno cada uno de sus miembros– no sólo es destinataria de la revelación divina, sino también su servidora. En la economía salvífica, Dios ha dispuesto que, por medio del testimonio eclesial, su auto-comunicación llegue hasta el confín de la tierra, de modo que todos los pueblos se reconozcan convocados a participar del banquete de su Reino (cf. VD 91; Hch 1,8; Is 25,6-9). La Iglesia tiene como misión anunciar a todo hombre que Dios le ha convocado a participar de su amor; que su Hijo Jesús, Palabra hecha carne, y su Espíritu no solo le han revelado el misterio de Dios, sino que le ofrecen el modo de acceder y participar en el diálogo divino.

A lo largo del siglo XX, la conciencia eclesial ha profundizado en la identidad misionera de la Iglesia, ha pasado de entender la misión como una actividad que unos especialistas realizan en los países (allende los mares) que no conocen el Evangelio (las misiones), a una consideración holística de la misma por la que se la reconoce como algo constitutivo de la Iglesia. Así, la asamblea conciliar afirmó que “la Iglesia peregrinante es, por su propia naturaleza, misionera” (AG 2); posteriormente, Pablo VI insistió en que “la tarea de la evangelización constituye la misión esencial de la Iglesia [...] su identidad más profunda” (cf. EN 14); y, más tarde, Juan Pablo II no dejó de recordar que “la Iglesia es misionera por su propia naturaleza, ya que el mandato de Cristo no es algo contingente y externo, sino que alcanza el corazón mismo de la Iglesia” (RM 62). Ahora, Benedicto XVI, en la estela de sus predecesores, mantiene que “la Iglesia es misionera en su esencia” (cf. VD 91b)³¹.

Hay, pues, en el último magisterio una constante en afirmar que la naturaleza de la Iglesia es misionera, que la misión constituye la razón de su

31 Cf. E. BUENO, *La Iglesia en la encrucijada de la misión* (Estella 1999); PIÉ-NINOT, *Eclesiología*, 577-607; J. C. CARVAJAL BLANCO (Coord.), *La misión de la Iglesia. Apuntes para su estudio* (Burgos 2011); CALVO PÉREZ, “La misión ‘ad gentes’”, 111-162.

ser. No obstante, no nos engañemos, aunque hablamos del ser de la Iglesia, en ningún caso podemos pensar que ella misma sea la fuente de la misión que la constituye y que pudiera, por tanto, disponer de ella. La misión siempre supone relación. La misión es una realidad dinámica que hace referencia a quien envía y a los que se es enviado, lo cual supone que la identidad misionera de la Iglesia está regida por las relaciones que la constituyen: relación con el Dios que se ha dado a conocer en su revelación y relación con toda la humanidad que, sin exclusión alguna, es destinataria de esa revelación. La identidad misionera de la Iglesia se desarrolla en el envío que Dios hace de ella a la porción de humanidad que ha de evangelizar.

En efecto, la misión surge del conocimiento del verdadero Dios con el que la Iglesia ha sido agraciada. El Dios revelado, que ella ha conocido en la fe, ha establecido una alianza de amor con ella, desde ese instante Dios es el Dios de la Iglesia y la Iglesia ha sido constituida en su pueblo santo. No obstante, ella sabe que su Dios es el Dios de todos los hombres: aquel que ha hecho todo cuanto existe, el que ha destinado a la humanidad entera a participar de su amor, el que se ha revelado en su Hijo, Jesús, y ha otorgado su salvación en la Pascua. Si Dios se ha revelado es para darse a conocer de un modo definitivo a todo ser humano, si la Iglesia es la destinataria primera de esa revelación es para ser instrumento suyo: lo que ha conocido por gracia no puede dejar de anunciarlo, es el único pago con el que puede pagar el don de la fe (cf. Mt 10,8). La autorrevelación divina se conoce por la fe y de la fe surge la misión. La Iglesia es misionera en virtud de la gracia de la fe y la gracia de la fe es la que activa la misión de la Iglesia³².

Pero la misión también hace referencia a los destinatarios. Por la fe, la Iglesia también es conocedora de que los hombres están necesitados del conocimiento del verdadero Dios y que esperan recibir la gracia que les conduzca a su destino en la comunión trinitaria. Es verdad, sus coetáneos, muchas veces, son desconocedores de esa necesidad y viven al margen de cualquier esperanza; pero ella ha experimentado que el encuentro con Jesucristo abre nuevos horizontes y que su gracia da respuesta a los anhelos que embargan el corazón humano. Esto la hace responsable de transmitir a otros

32 "Los primeros cristianos han considerado el anuncio misionero como una necesidad proveniente de la naturaleza misma de la fe: el Dios en que creían era el Dios de todos" (VD 92a).

la gracia que le ha otorgado la fe y de ayudarles a introducirse en el conocimiento del verdadero Dios que colma toda esperanza³³. El bien de los otros: el cumplimiento del imperativo que supone la vocación divina, urge a la Iglesia a ser testimonio de la gracia del Evangelio y de transmitirlo como fuente de salvación. La comunidad cristiana se ha de aproximar a los diversos grupos con la oferta del Evangelio, pero buscando la sintonía con las puertas abiertas que ellos ofrecen a la buena noticia de Jesucristo.

Como vemos, la misión eclesial es la cristalización de la referencia que la Iglesia es al Dios revelado y a los hombres que, sin saberlo, anhelan dicha revelación. Esta doble referencia es lo que hace que la misión del Evangelio le sea constituyente a la Iglesia y nunca algo accesorio y menos optativo. En efecto, la misión es esencial a la Iglesia porque, como hemos dicho, ella nace de la misión del Verbo y del Espíritu que dimana del amor fontal del Padre. Nacida, pues, de la caridad de Dios ella se realiza convocando a dicha caridad por el anuncio de Jesucristo bajo la acción de su Espíritu. Sin la misión, la Iglesia dejaría de ser Iglesia, no sólo porque con el tiempo se extinguiría, sino porque supondría que ha dejado de otorgar credibilidad a la Palabra que la reúne y a la acción del Espíritu que la santifica y con ello perdería su razón de ser. La sal se habría vuelto sosa y, entonces, ¿para qué serviría? (cf. Mt 5,13-14). La Iglesia que abandonara el servicio de la Palabra de Dios a favor de los hombres habría dejado de ser Iglesia.

Así pues, la Iglesia lleva sobre sí el imperativo de la misión del Evangelio: la fuerza de Dios para la salvación de todos los hombres (cf. Rm 1,16). Misión que como señala el Decreto conciliar *Ad gentes*:

es única e idéntica en todas partes y bajo cualquier condición, aunque no se ejerza del mismo modo según las circunstancias. Por eso, las diferencias que hay que reconocer en esta actividad de la Iglesia no proceden de la naturaleza íntima de su misión, sino de las condiciones en las que ésta se ejerce (AG 6; cf. RM 33).

33 "No podemos guardar para nosotros las palabras de vida eterna que hemos recibido en el encuentro con Jesucristo: son para todos, para cada hombre. Toda persona de nuestro tiempo, lo sepa o no, necesita de este anuncio" (VD 91b).

La Exhortación *Verbum Domini* invita a la Iglesia a no limitarse a una pastoral de “mantenimiento”, sino que renueve su “impulso misionero”³⁴. Impulso misionero que tendrá expresión diferente según las condiciones y circunstancias en las que se realice, pero que en definitiva viene a responder al imperativo evangelizador que Jesucristo ha impuesto a su Iglesia. Sobre la base de este dinamismo común, el papa Benedicto, alienta tanto la “missio ad gentes” como “la nueva evangelización”.

“La Iglesia se siente obligada con todos a anunciar la Palabra que salva (cf. Rm 1,14)” (VD 95), ella no puede dejar de anunciar el Evangelio de Cristo a todos aquellos que no le conocen; este impulso misionero que lleva a los cristianos a ir más allá de los límites de su entorno cristiano “es una señal clara de la madurez de una comunidad eclesial” (ibid.). La misión ad gente ya sea dirigida a los ámbitos territoriales, a los fenómenos sociales nuevos o a los areópagos culturales modernos sigue siendo una obligación para la Iglesia (cf. RM 32.37). Pero también hay “muchos cristianos necesitados de que se les vuelva a anunciar persuasivamente la Palabra de Dios, de manera que puedan experimentar concretamente la fuerza del Evangelio” (VD 96). La influencia de la cultura secularizada en los países de vieja cristiandad ha propiciado que muchos cristianos se aparten de la fe; por eso, es necesario abrir “un nuevo tiempo misionero para todo el Pueblo de Dios”: la nueva evangelización, para que por medio de un renovado anuncio del Evangelio se invite “a todos los cristianos a redescubrir el atractivo del seguimiento de Cristo” (Ibid.). Misión ad gentes y nueva evangelización, lejos de oponerse, van de la mano; ambas son la concreción de la única misión de la Iglesia.

Al ser constitutiva de la Iglesia, ningún bautizado está eximido de esta encomienda misionera. *Verbum Domini*, citando en directo una de las proposiciones de los Padres sinodales nos lo recuerda: “la misión de anunciar la Palabra de Dios es un cometido de todos los discípulos de Jesucristo, como

34 En este sentido recogemos unas palabras del papa Benedicto donde insta a salir de una pastoral de mantenimiento: “Debemos vencer la tentación de limitarnos a lo que ya tenemos, o creemos tener, como propio y seguro: *sería una muerte anunciada*, por lo que se refiere a la presencia de la Iglesia en el mundo, que por otra parte, *no puede dejar de ser misionera* por el dinamismo difusivo del Espíritu. Desde sus orígenes, el pueblo cristiano ha percibido claramente la importancia de comunicar la Buena Noticia de Jesús a cuantos todavía no lo conocen” (BENEDICTO XVI, *Homilía en Oporto* [Portugal] [14-VI-2010]).

consecuencia de su bautismo” (VD 94, cita la proposición 38). Todo cristiano, en razón de su bautismo, porta sobre sí la responsabilidad de difundir el Evangelio. No importa cual sea su estado de vida: obispos, sacerdotes, diáconos, religiosos o religiosas, laicos, cada uno a su modo y según las condiciones en las que transcurre su vida están comprometidos en el anuncio de la Buena noticia de Jesucristo³⁵.

1. LA CONDICIÓN NECESARIA PARA LA MISIÓN

La misión de la Iglesia es la misión de la Palabra no sólo porque su tarea es transmitir la Palabra divina; sino porque el propio Jesucristo, la Palabra de Dios encarnada en el seno de María, continúa ahora su misión divina por medio del Espíritu Santo en el testimonio de su Cuerpo eclesial. El Verbo de Dios nunca es un objeto a disposición de la Iglesia, por muy sagrado que sea; Él sigue siendo el protagonista de la misión que le ha encomendado el Padre y que ahora realiza a través de aquellos que le han recibido en la fe. La condición necesaria para que la Iglesia y, en su seno, todos los cristianos realicen la misión de la Palabra es justamente ésta: acoger la Palabra como proveniente de Dios y ponerse a su disposición.

Si en el plano de los principios esta afirmación es evidente, en la vida eclesial no siempre resulta fácil la guarda de esta condición. En este sentido, Benedicto XVI afronta uno de los problemas que dificultan la acogida de la Escritura como comunicación divina; nos referimos a la práctica de una hermenéutica secularizada que pierde del horizonte el escrutinio de la Palabra de Dios (cf. VD 34-36).

Siguiendo las indicaciones de los últimos papas (cf. VD 33), el Concilio dio las pautas para una hermenéutica bíblica que conociendo lo que los autores sagrados querían decir se pudiera acceder a lo que Dios quería dar a

35 El carácter personal de la Palabra de Dios –Dios habla a cada hombre– es lo que pone en relación Palabra y vocación particular de cada creyente, los cuales, al interior de la Iglesia, también han de responder personalmente a la misión particular que la propia Palabra les encomienda (cf. VD 77-85).

conocer con dichas palabras (cf. DV 12). *Verbum Domini* (nº 34) lo recuerda e indica cómo se han de combinar la metodología histórico-crítica con la metodología teológica para que, considerando la unidad de la Escritura, el testimonio de la Tradición y la analogía de la fe, se reconozca el “texto bíblico como Palabra actual de Dios” (VD 33).

Esta cuestión no es nada académica. Toda la misión eclesial depende del acceso a la Palabra divina. Es un hecho que, en muchas ocasiones, los prejuicios que regulan la llamada hermenéutica secularizada también aderezan la lectura que de la Escritura hacen las comunidades cristiana. Se parte del prejuicio “que niega la posibilidad de la entrada y la presencia de Dios en la historia”, se reducen los textos a un testimonio del pasado y, al final, se va “extendiendo la duda sobre los misterios fundamentales del cristianismo y su valor histórico” (cf. VD 35). En este proceso, la comunicación de Dios se pierde, la Palabra de Dios no se recibe y, en el mejor de los casos, los creyentes, en su buena voluntad, se sitúan ante un texto que les dicta normas morales o les encamina hacia un proceso espiritual que apenas tiene referencia al acontecimiento cristiano.

El papa Benedicto ofrece algunas disposiciones por las que la Iglesia y los cristianos en su seno se hacen receptores de la Palabra de Dios. Ante todo, señala la necesidad de que los creyentes *actualicen su fe en un Dios capaz de entrar en la vida de los hombres* y hablar con palabras humanas (cf. VD 36b). La aptitud de escucha y de acogida obediente es la justa correspondencia ante un Dios que se comunica en las palabras de la Sagrada Escritura. Al implicarse por entero, los creyentes se sentirán interpelados personalmente en el aquí y el ahora de su existencia y la acción del Espíritu podrá realizar la obra de la Palabra en cada uno de ellos.

Por otro lado, señala que la búsqueda del creyente esté en sintonía con el testimonio bíblico. La Escritura en su conjunto no ofrece otra cosa sino a Cristo, la única Palabra de Dios (cf. VD 39). El creyente cuando se acerca a cualquier texto bíblico debe buscar encontrarse con la Palabra de Dios, con Jesucristo que le llama a seguirlo (cf. VD 72). La fe en Cristo, el deseo de ver su rostro y hacer de su seguimiento la pauta de la propia vida modula en el creyente la disposición necesaria para encontrarse con su Señor (cf. VD 29). Sin la fe, o al menos el deseo de tenerla, la Escritura no termina de entregar la comunicación divina que la habita y sin el consiguiente seguimiento la Palabra no realiza la obra en su discípulo.

Por último, si la Palabra de Dios se comunica en la Sagrada Escritura leída en el surco abierto por la Tradición viva de la Iglesia, es preciso, señala el Papa, que los creyentes escruten la Palabra divina *participando de la vida eclesial* (cf. VD 17c.29b.86b). La vinculación eclesial crea una afinidad con lo que dice el texto bíblico y posibilita que se lea e interprete con el mismo Espíritu con que fue escrito (cf. VD 29b, cita de DV 12). “La intensidad de una auténtica experiencia eclesial acrecienta sin duda la inteligencia de la fe verdadera respecto a la Palabra de Dios” (VD 30). La acción del Espíritu, presente en la vida de la Iglesia, hará que el corazón de los creyentes sea receptivo a la Palabra que la Escritura trasmite.

En definitiva, el papa Benedicto insta a una *lectura orante y fiel de la Escritura* que permita profundizar “la relación con la persona de Jesús” y alentar la vida espiritual del creyente (cf. VD 72). Lectura orante que hace efectivo el diálogo con Dios a través de la Escritura: “Tu oración es un coloquio con Dios. Cuando lees, Dios te habla; cuando oras, hablas tú a Dios”, y permite entrar en la intimidad divina, crecer en su amor y acceder a la *scientia Christi* (cf. VD 86a)³⁶. Si bien la liturgia, especialmente la Eucaristía, es el lugar privilegiado para la lectura orante de la Escritura; *Verbum Domini*³⁷ no deja, sin embargo, de llamar la atención y recomendar vivamente la “*lectio divina*”. Este método tradicional “es verdaderamente capaz de abrir al fiel no sólo el tesoro de la Palabra de Dios, sino también de crear el encuentro con Cristo, Palabra divina y viviente” (VD 87, cita del Mensaje final, III, 9)³⁸.

36 La exhortación cita a SAN AGUSTÍN, *Enarrationes in Psalmos*, 85, 7: PL 37, 1086.

37 “En cierto sentido, la lectura orante, personal y comunitaria, se ha de vivir siempre en relación a la celebración eucarística. Así como la adoración eucarística prepara, acompaña y prolonga la liturgia eucarística, así también la lectura orante personal y comunitaria prepara, acompaña y profundiza lo que la Iglesia celebra con la proclamación de la Palabra en el ámbito litúrgico” (VD 86c).

38 cf. J. ROUSSE – H. J. SIEBEN – A. BOLAND, “Lectio divina et lectura spirituelle”: en DSp IX (París 1976) cols. 470-496; R. HILARI, *La “lectio divina”*: Cuadernos Phase 94 (Barcelona 1999); G. ZEVINI, *La lectio divina en la comunidad cristiana. Espiritualidad-Método-Praxis* (Estella 2005); M. MASINI, *La lectio divina. Teología, espiritualidad, método* (Madrid 2001);

2. TESTIGOS DE LA PALABRA

El creyente que se encuentra con Cristo no puede dejar de sentirse poseído por Él y reconocerse partícipe de su misión. Benedicto XVI pone al apóstol Pablo como ejemplo:

Un hombre poseído enteramente por el Señor (cf. Flp 3,12) –“vivo yo, pero no soy yo, es Cristo quien vive en mí” (Ga 2,20)– y por su misión: “¡Ay de mí si no anuncio el Evangelio!” (1 Co 9,16), consciente de que en Cristo se ha revelado realmente la salvación de todos los pueblos, la liberación de la esclavitud del pecado para entrar en la libertad de los hijos de Dios (VD 91).

Quien por medio de la Palabra ha entrado en el diálogo divino y se ha gozado de libertad que le concede su amor, no puede dejar de ser pregonero de esa misma Palabra ante todos los pueblos: pregonero de la Palabra encarnada en Jesús y pregonero de la Palabra que ahora, por la acción del Espíritu, ha tomado posesión de su propia vida. Por eso el misionero es ante todo testigo. Testigo del Verbo de la vida que se ha hecho visible en Jesús y que, bajo el testimonio de la Escritura, él ha visto, oído y tocado (cf. 1 Jn 1,1-4). Pero testigo porque Dios ha querido revelar en su persona a su Hijo Jesús (cf. Ga 1,16), quien ha tomado posesión de su discípulo en la fe y lo ha configurado consigo mismo³⁹.

Verbum Domini manifiesta la “intrínseca relación” que existe entre la comunicación de la Palabra y el testimonio cristiano⁴⁰. Y es que, en el tiempo

39 “Recibir al Verbo quiere decir dejarse plasmar por Él hasta el punto de llegar a ser, por el poder del Espíritu Santo, configurados con Cristo, con el ‘Hijo único del Padre’ (Jn 1,14). Es el principio de una nueva creación, nace la criatura nueva, un pueblo nuevo. Los que creen, los que viven la obediencia de la fe, “han nacido de Dios” (cf. Jn 1,13), son partícipes de la vida divina: “*hijos en el Hijo*” (cf. Ga 4,5-6; Rm 8,14-17)” (VD 50).

40 R. LATOURELLE, “Testimonio”, en: Id. *et al.* (dirs.), *Diccionario de Teología Fundamental* (Madrid 1992) 1523-1542; F. CONESA, “La fe y la lógica del testimonio”: *Scripta Theológica* 26 (1994) 483-512; M. PIVOT, *Un nouveau souffle pour la mission* (Paris 2000) 95-127; R. PELLETERO, “La fuerza del testimonio cristiano”: *Scripta Theológica* 39 (2007) 367-402; J. PRADES, “El lenguaje del testimonio cristiano en una sociedad plural”, en: *Teología y Catequesis* 117 (2011) 27-45.

de la Iglesia, la transmisión de la fe sigue reflejando la encarnación de Verbo: “la Palabra de Dios llega a los hombres por el encuentro con testigos que la hacen presente y viva” (cf. VD 97a). La exhortación habla de una circularidad entre testimonio y Palabra:

Hay una estrecha relación entre el testimonio de la Escritura, como afirmación de la Palabra que Dios pronuncia por sí mismo, y el testimonio de vida de los creyentes. Uno implica y lleva al otro. El testimonio cristiano comunica la Palabra confirmada por la Escritura. La Escritura, a su vez, explica el testimonio que los cristianos están llamados a dar con la propia vida. De este modo, quienes encuentran testigos creíbles del Evangelio se ven movidos así a constatar la eficacia de la Palabra de Dios en quienes la acogen (VD 97b).

Los creyentes, en la obediencia a la Palabra, prestan su mente, su corazón y sus manos a Cristo y éste da testimonio de sí en la vida de sus discípulos. Así es, los cristianos son portadores de una novedad de vida que no tiene origen ni explicación en ellos mismos. Su vida cristiana es fruto de la gracia, del poder transformador de la Palabra de Dios. Su testimonio, pues, remite a la Palabra que la Escritura comunica porque en ella encuentra su última razón. Pero, a la vez, el testimonio bíblico se acredita a través del poder transformador que se manifiesta en la experiencia de vida de los que le otorgan la fe. Por eso los santos son los mejores intérpretes de la Sagrada Escritura: “*viva lectio est vita bonorum*”⁴¹, ellos con la escucha, la meditación y la obediencia de la Palabra la testimonian en sus propias vidas (cf. VD 48). Por su parte, los mártires con la entrega de su vida por el Evangelio dan testimonio y comunican la verdad del amor de Dios que se ha revelado en Cristo crucificado y resucitado (cf. VD 98c).

Testimonio y Palabra divina, novedad de vida que brota del Evangelio y anuncio que proclama el nombre de Jesús. La Palabra siempre espera el testimonio de quien cree en ella; pero el testimonio de vida, para llegar a su sazón, también espera el anuncio que explicita que la fuente de su novedad es el encuentro con Jesucristo, Palabra de Dios. En este punto, Benedicto XVI

41 S. GREGORIO MAGNO, *Moralia in Job* 24,8,16: PL 76,295, citado en VD 48a.

recuerda las palabras de *Evangelii nuntiandi*:

La Buena Nueva proclamada por el testimonio de vida deberá ser pues, tarde o temprano, proclamada por la palabra de vida. No hay evangelización verdadera, mientras no se anuncie el nombre, la doctrina, la vida, las promesas, el reino, el misterio de Jesús de Nazaret, Hijo de Dios (VD 98, cita de EN 22)

A partir del testimonio, el anuncio no es una simple proposición verbal. Pero por el anuncio, que tiene su referencia última en la Palabra bíblica, el testimonio no se reduce a una simple coherencia personal. Gracias a la experiencia del creyente, la Palabra se propone llena de poder y sentido: la Palabra es viva y eficaz (cf. Hb 4,12); pero gracias al anuncio y propuesta de la Palabra dicha experiencia es dilucidada y puede ser comunicada. El anuncio tiene como objetivo poner al interlocutor ante el misterio de Jesús de Nazaret e instarle a tomar la decisión de la fe ante quien le ha sorprendido por la obra realizada en la vida de su discípulo⁴².

3. SERVIDORES DE LA PALABRA

La Palabra creadora, la que providentemente conduce la historia, la que habla en la conciencia de los hombres no es ajena a nadie (cf. VD 50a). Salida de la boca del Padre, la Palabra está llevando a cabo el encargo recibido y retornar a Dios habiendo realizado su obra (cf. Is 55,10-11). La creación, la historia y la conciencia de los hombres están preñadas por las semillas de la Palabra. La Iglesia es servidora de la Palabra para el bien del mundo. Como

42 "Queridos amigos: sed prudentes y sabios, edificad vuestras vidas sobre el cimiento firme que es Cristo [...] Entonces seréis bienaventurados, dichosos, y vuestra alegría contagiará a los demás. Se preguntarán por el secreto de vuestra vida y descubrirán que la roca que sostiene todo el edificio y sobre la que se asienta toda vuestra existencia es la persona misma de Cristo, vuestro amigo, hermano y Señor, el Hijo de Dios hecho hombre, que da consistencia a todo el universo..." (BENEDICTO XVI, *Discurso en la fiesta de acogida de los jóvenes en la JMJ de Madrid* [18-VIII-2011]).

María, ella porta en su seno el Verbo encarnado y se aproxima a todas las realidades humanas para que, al igual que Isabel, se llenen del Espíritu Santo y reconozcan la presencia de Jesucristo, su Salvador y Señor (cf. Lc 1,39-45).

En efecto, porque el Espíritu ha sembrado las semillas del Verbo por doquier, nada de lo que es verdadero, bueno, bello y justo le es ajeno a la Iglesia (cf. GS 42.76); ella puede estar en el mundo y transitar la historia acompañando a una humanidad que no está abandonada de Dios y que constantemente recibe señales de su amor. Pero como ella tiene como encargo el servicio de la Palabra, no se limita a participar de los valores compartidos, sino que anuncia la Palabra que ilumina, purifica y convierte (cf. VD 98a.93a). El designio de Dios es recapitular todo en Cristo para que así llegue a participar de la comunión de su amor (cf. Ef 1,9-10). Con su servicio al Evangelio, la Iglesia no sólo saca a la luz que el origen de todo lo bueno que adorna el mundo está en Dios; sino que además, al pronunciar la Palabra de vida, introduce una fuerza salvadora capaz de purificarlo y, al vincularlo a Cristo, llevarlo a plenitud.

La Iglesia a través de sus miembros, especialmente los laicos, está en el mundo, en todos aquellos ámbitos cotidianos donde se juega el destino concreto de las personas: la familia, la escuela, el trabajo, el tiempo libre y los otros sectores de la vida social. Pero su estar no es algo accidental ni pasivo, ella siempre está cumpliendo la misión recibida, está sirviendo la venida del Reino de Dios. Benedicto XVI recuerda cómo en los Padres de la Iglesia “el anuncio de la Palabra tiene como contenido el Reino de Dios (cf. Mc 1,14-15), que es *la persona misma de Jesús* (la *Autobasileia*)” (VD 93b).

El servicio de la Iglesia a la Palabra pasa necesariamente por la *llamada a la conversión*. Dios reina en la medida en que los hombres le reconocen como Padre, origen y destino de sus vidas, y en la medida en que aceptan la persona de Jesús como el mediador de su amor paternal y de la respuesta filial, y consiguientemente fraterna, que se le debe dar. Cuando la Iglesia anuncia esta buena noticia, en realidad está haciendo una propuesta que demanda la conversión de sus oyentes. Como Jesús al inicio de su vida pública (cf. Mc 1,15; Mt 4,17), les está pidiendo que dejen de vivir “como si Dios no existiera” y vivan *coram Deo*; que se arrepientan de la autosuficiencia del pecado y reconozcan la necesidad que tienen de la salvación de Jesús; que abandonen un futuro ilusorio y acepten el futuro que Dios les entrega por amor. La

respuesta de conversión es la única “que hace accesible el encuentro con Él (Cristo), por el cual florece una humanidad nueva” (VD 93).

Como decimos, el servicio de la Palabra reclama la necesidad de comprometerse en el mundo, en todos los órdenes de la realidad. En la tercera parte, *Verbum Domini* pasa revista a diversos ámbitos donde ese compromiso se ha de desarrollar: el compromiso por la justicia y los derechos humanos, el servicio de la reconciliación y la paz entre los pueblos, el ejercicio de la caridad y la salvaguarda de la creación (cf. VD 99-103.108). También enumera ciertos destinatarios a los que se les debe prestar una especial atención: los jóvenes, los emigrantes, los que sufren, los pobres (cf. VD 104-107). Dedicamos un amplio apartado a la relación de la Palabra de Dios con las culturas (cf. VD 109-116), al igual que a su relación con el diálogo interreligioso (cf. VD 117-120).

A través de este recorrido, y de un modo concreto, el papa Benedicto pone de manifiesto la vocación dialógica de la Palabra divina que interpela de modo particular a cada hombre, según el contexto cultural y religioso que le constituye, según las circunstancias que le condicionan⁴³. Este rápido repaso muestra que no hay realidad humana que pueda quedar al margen de la Palabra de Dios y es un estímulo para que cada creyente realice el esfuerzo

para mostrar la Palabra de Dios como una apertura a los propios problemas, una respuesta a nuestros interrogantes, un ensanchamiento de los propios valores y, a la vez, como una satisfacción de las propias aspiraciones. La pastoral de la Iglesia debe saber mostrar que Dios escucha la necesidad del hombre y su clamor (VD 23).

43 “La economía de la salvación nos muestra que Dios habla e interviene en la historia a favor del hombre y de su salvación integral. Es decisivo desde el punto de vista pastoral mostrar la capacidad que tiene la Palabra de Dios para dialogar con los problemas que el hombre ha de afrontar en la vida cotidiana” (VD 23).

V. CONCLUSIÓN

“La novedad del anuncio cristiano no consiste en un pensamiento sino en un hecho: Él se ha revelado” (VD 92). Dios se ha dado a conocer en su Hijo, Jesús, y su Espíritu actualiza en la historia esta comunicación. La Iglesia nace de la escucha de la Palabra. Ella es la Esposa del Verbo que, por la acogida y la obediencia de la comunicación divina, se presenta ante el mundo como su Cuerpo. La Iglesia es en el mundo el testimonio del *Misterio de comunión y misión* que es la Trinidad. Ella participa, bajo la acción del Espíritu, de ese misterio: ella unida a su Señor, mantiene en el tiempo la interlocución que desde toda la eternidad tiene el Hijo con el Padre; ella unida a su Señor, es la oferta de diálogo que Dios brinda, de un modo histórico, a todos los pueblos. En las bellas palabras del papa Benedicto:

Mediante la fe, somos introducidos en el misterio de amor que es la Santísima Trinidad. Somos, de alguna manera, abrazados por Dios, transformados por su amor. La Iglesia es ese abrazo de Dios en el que los hombres aprenden también a abrazar a sus hermanos, descubriendo en ellos la imagen y semejanza divina, que constituye la verdad más profunda de su ser y que es origen de la genuina libertad⁴⁴.

El Espíritu no deja de despertar en todos los hombres, sea cual sea su procedencia y condición, el hambre y sed de la Palabra; de igual modo, no deja de suscitar en el seno de la Iglesia entusiastas anunciadores y testigos del Evangelio (cf. VD 122). No obstante, en juego está la libertad humana. Dios que se comunica, pero no impone a nadie su comunicación, espera que se le reciba y se le responda por amor. Los que somos discípulos de la Palabra encarnada, no podemos dejar de estar a su disposición; ella nos ha hecho sus testigos a favor de esos hombres que, aun sin saberlo, la anhelan.

Imposible estar disponible a la Palabra si no dejamos que entre en nuestra vida y la habite como en su casa. Imposible ser sus testigos si no tenemos familiaridad con ella. En último extremo, la misión eclesial de la Palabra

44 BENEDICTO XVI, *Alocución en la visita a la Catedral de Santiago de Compostela* (6-IX-2010).

se juega en que cada creyente le abra las puertas de su corazón: “Mira, estoy de pie a la puerta y llamo. Si alguien escucha mi voz y abre la puerta, entraré en su casa y cenaré con él y él conmigo” (Ap 3,20). Cada jornada suya ha de estar “marcada por el encuentro renovado con Cristo, Verbo del Padre hecho carne” (VD 124). Insistiendo en esta idea, Benedicto XVI concluye *Verbum Domini* con una exhortación:

Hagamos silencio para escuchar la Palabra de Dios y meditarla, para que ella, por la acción eficaz del Espíritu Santo, siga morando, viviendo y hablándonos a lo largo de todos los días de nuestra vida. De este modo, la Iglesia se renueva y rejuvenece siempre gracias a la Palabra del Señor que permanece eternamente (cf. 1 P 1,25; Is 40,8). Y también nosotros podemos entrar así en el gran diálogo nupcial con que se cierra la Sagrada Escritura: “El Espíritu y la Esposa dicen: ‘¡Ven!’. Y el que oiga, diga: ‘¡Ven!’... Dice el que da testimonio de todo esto: ‘Sí, vengo pronto’. ¡Amén! ‘Ven, Señor Jesús’” (Ap 22,17.20). (VD 124)